

**DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL FÜHRER Y CANCELLER
DEL REICH,**

ADOLF HITLER,

**EL DÍA 30 DE ENERO DE 1944
CON MOTIVO DEL UNDÉCI-
MO ANIVERSARIO DE SU AD-
VENIMIENTO AL PODER.**

En este quinto año de guerra, la mayor de cuantas registra la Historia, nadie puede ignorar las causas, y con ellas, el sentido y finalidad de la actual contienda. La época en que aun podía creerse que el conflicto actual no era sino una querrela desencadenada en Europa por Inglaterra para reducir el Continente a la impotencia, con objeto de mantener el equilibrio de fuerzas en beneficio del Imperio británico, hace ya tiempo que pasó. Los que a partir de 1936 excitaban, sistemáticamente, desde Londres a la guerra, se han convertido hoy de promotores en promovidos. Cualquiera que sea el fin de esta lucha, Inglaterra ha terminado, para siempre, de desempeñar su papel en el Continente. Ya no estriba hoy el problema en saber si en la guerra actual puede ser o no establecido el antiguo equilibrio de fuerzas. Hoy consiste en ver en quién recaerá la primacía en Europa, al término de esta lucha. Y o bien la gran familia de los pueblos europeos estará representada por el más fuerte de los Estados, o lo será por el coloso bolchevique. El primer caso sólo será posible si Alemania triunfa en esta lucha, en la que no combate solamente en defensa de la propia nación, sino en la de toda Europa. Si esto no sucediera, la victoria recaería sobre la Rusia soviética. Las observaciones divulgadas por ciertos periódicos británicos, según las cuales después de la eventual derrota de Alemania Rusia no tendría ya razón alguna para proseguir su penetración en Europa, y se contentaría, por consiguiente, con la educación, esto es, con el exterminio del pueblo alemán, constituye una apreciación jurídica tan destinada a mentecatos, como aquella otra según la cual aun antes de que esta guerra termine Inglaterra habrá asumido, sin más ni más, la dirección en una nueva lucha contra la Unión Soviética.

En primer lugar, el vencedor en esta conflagración internacional no se dejará dictar sus objetivos por los periodistas británicos; y en segundo lugar, en caso de una victoria del bolchevismo, los tristes restos de Europa no estarían en condiciones de luchar bajo el mando inglés contra el coloso europeo-asiático, y ello tanto menos cuanto que sólo un cerebro hueco puede creer que a tal lucha pudiera acompañar el éxito. Sabe además todo europeo que, caso de producirse aquella situación, al pequeño resto de Estados occidentales sólo cabría el honor que hoy gozan las tropas imperiales de canadienses, australianos, neozelandeses, sudafricanos, etc., de pagar, con carácter exclusivo, todo el tributo de sangre necesario para el mantenimiento de la dominación inglesa y para preservar las vidas de los ciudadanos británicos.

O Alemania, o la Rusia soviética.

No hay más que un hecho seguro, y es que en esta lucha no habrá más que un solo vencedor, y que éste no puede ser sino Alemania o la Unión Soviética. La victoria de Alemania significaría la conservación

de Europa; la victoria rusa, su aniquilamiento. Esto es tan evidente, que incluso todo inglés que no haya perdido totalmente la razón tiene que comprenderlo así. Y si, a pesar de todo, se sigue allí obrando con hipocresía típicamente inglesa, como si las cosas pudieran suceder de modo distinto, es porque en Londres los delincuentes responsables de la guerra no ven ya la menor posibilidad de escaparse de las redes que ellos mismos tejieron, y porque los judíos, que les mueven cual si fueran marionetas, tampoco les permiten, en política interior, desandar el camino recorrido. Por ello, el problema que se plantea no es el de si después de la guerra la Gran Bretaña y los Estados Unidos querrán o podrán combatir al bolchevismo, sino, a lo sumo, el de si serán capaces de defenderse contra el bolchevismo de sus propios países.

Lo que Europa puede esperar, en realidad, de las promesas británicas de ayuda, nos lo dice claramente la actitud anglonorteamericana frente a Polonia, Finlandia, los Estados bálticos y, en general, frente a todo el Sudeste europeo.

Con unas promesas de ayuda, formuladas sin conciencia a Polonia, se empujó a este Estado a una guerra con Alemania. Con la falaz afirmación de tener que preservar de Alemania a otros Estados, se impusieron a éstos pactos de asistencia, y con idénticas frases mendaces se abandona y sacrifica hoy a estas y otras naciones. Y estos pueblos son sacrificados quizá no porque éste sea el deseo de todos y cada uno de los ingleses, sino porque Inglaterra es ya incapaz de impedir esta evolución. Y no sólo por esto, sino porque, además, la Gran Bretaña no está en situación de poder realizar, con éxito, frente a su oposición minada por el bolchevismo, una política distinta. Por lo demás, todo Estado que, como Inglaterra, se ha entregado una vez al judaísmo, sucumbirá víctima de esta peste, salvo que en el último momento arroje lejos de sí tan nocivas bacterias. La confianza en una colaboración pacífica, o incluso en una armonía con estos fermentos judaicos de descomposición nacional, es tan ilusoria como creer que el cuerpo humano es capaz, a la larga, de asimilar los bacilos de la peste. El problema de la salvación de los Estados europeos y, por tanto, el de la salvación de Europa, es, pues, un problema que sólo puede ser resuelto por el pueblo nacional socialista alemán, por su ejército y por los Estados aliados con él. Pero si el Reich se derrumbara, ningún otro Estado de Europa sería capaz de oponer eficaz resistencia a la nueva invasión de los hunos.

Y esto se sabe en el Kremlin. De aquí que, en caso de una victoria rusa —ya por razones de precaución con vistas al futuro—, el destino de Alemania no sería otro que su completo exterminio por el bolchevismo.

Y este es también el objetivo declarado del judaísmo internacional. Lo mismo da, por tanto, que los propugnadores judíos de tales propósitos estén en Inglaterra o en Norteamérica, que deambulen por los distintos Estados europeos, o que dirijan las cosas desde su central de Moscú. También es indiferente el que los hombres de Estado europeos o extraeuropeos vean, o no quieran ver, esta realidad; como también carece de importancia el que en uno u otro país se piense poder arrancar el veneno, mediante zalemas y adulaciones, a estas bacterias judías. Si Alemania no triunfara, el destino de los países del norte, del centro

y del sur de Europa quedaría decidido en pocos meses. Poco después correspondería el turno a los países occidentales. Diez años más tarde, el más civilizado de los Continentes habría perdido los rasgos esenciales de su vida. Su imagen actual, tan querida, producto de una evolución de dos milenios y medio, quedaría para siempre extinguida; desaparecerían los pueblos como exponentes de esta cultura, y los más destacados representantes de la dirección espiritual de estas naciones vagarían o serían confinados en los bosques o pantanos de Siberia, a no ser que sucumbieran de un tiro en la nuca. Y, mientras tanto, el asolador judío Ahasvero podría celebrar la destrucción de Europa en una segunda y triunfal fiesta del Purim.

Por voluntad de la divina Providencia, asumimos el Poder.

El que el pueblo alemán sea hoy capaz de llevar adelante esta lucha decisiva de la que depende su destino y el de todo el Continente europeo, ha de agradecerlo a la voluntad divina, que hace ahora once años permitió al nacionalsocialismo, tras larga lucha por el Poder, alcanzar victoriosamente su objetivo.

Sin el 30 de enero de 1933, y sin la revolución nacionalsocialista, sin su gigantesca labor de depuración y reconstrucción interiores, no existiría hoy en Europa ningún factor capaz de hacer frente al coloso bolchevique. La Alemania de entonces estaba tan enferma y debilitada por la creciente infección judía, que no siendo ni siquiera capaz de terminar con el peligro bolchevique en el propio territorio, mucho menos lo hubiera sido para dominarlo en el exterior.

Pues lo mismo que en otros países, la ruina económica provocada por el judaísmo, el paro de muchos millones de ciudadanos alemanes, el aniquilamiento de la clase campesina y la destrucción de las industrias sólo constituían parte de la preparación sistemática de un proyectado derrumbamiento nacional. Fué éste apoyado por el mantenimiento de un Estado de clases que había perdido todo sentido, sólo eficaz para convertir en odio la sana razón de las masas populares con objeto de servirse de ellas como instrumento propicio para la revolución bolchevique. Movilizados los hombres como esclavos proletarios, podía confiarse en que pronto se les privaría de la inteligencia nacional para ser rebajados a la condición definitiva de coolí. Mas aun suponiendo que este proceso de la revolución bolchevique no hubiera triunfado totalmente en Alemania, el Estado alemán, con su Constitución democrática de Weimar, sólo hubiera constituido un ridículo fenómeno indefenso, frente a las grandes tareas político-universales del presente.

Para hallarse preparado para tal tarea era menester que encontrasen su solución no sólo problemas de dominio político, sino, y sobre todo, los de índole social y económica.

Puesto que hace once años el nacionalsocialismo empezó sin demora la realización de su programa, consiguió constituir todavía a tiempo el Estado que en el interior, por su fuerza, y también en el exterior, por su autoridad, fuese capaz de cumplir aquella misión europea que en la antigüedad desempeñaron Grecia contra los persas y Roma contra los

cartagineses, y que en siglos posteriores llevó a cabo el Occidente, oponiéndose a las irrupciones del Este.

En 1933 se presentaban, pues, cuatro primordiales cometidos de cuya realización dependía no sólo el futuro del Reich, sino la salvación de Europa e incluso, tal vez, de toda la civilización humana:

Primero. Era menester que, con la solución de los problemas sociales, el Reich volviera a recobrar la perdida paz interior. Lo que equivale a decir que los elementos de la escisión de clases —la burguesía y el proletariado— debían ser eliminados en todas sus múltiples manifestaciones externas, para reemplazarlos por una comunidad nacional. El llamamiento hecho al buen sentido debía ser complementado con la enérgica eliminación de los elementos que de mala fe se oponían en todos los campos.

Segundo. La unificación político-social del pueblo debía ser completada con la político-nacional, o sea, que en lugar de un Reich desgarrado no sólo políticamente, sino también desde el punto de vista de la organización estatal, había que constituir un Estado unitario nacionalsocialista, con una organización y una dirección que pudiesen ser adecuadas para oponerse y resistir eficazmente incluso los más rudos ataques y las pruebas más duras que el futuro le deparase.

Tercero. El Estado unitario, cimentado nacional y políticamente, tenía la misión de crear inmediatamente el ejército que por su orientación espiritual, su actitud moral, su potencia numérica y sus elementos bélicos fuese un instrumento capaz de llenar los cometidos de la propia defensa. Una vez que los demás Estados rechazaron todas las propuestas hechas por Alemania para la limitación de los armamentos, el Reich se vió, como es natural, obligado a organizar convenientemente el suyo propio.

Cuarto. Para poder garantizar con probabilidades de éxito su existencia europea, era necesaria la reunión de todos aquellos países habitados por alemanes y de los que desde hace más de un milenio representan territorios que forman un conjunto con el Reich alemán, indispensables etnográfica y económicamente para su existencia; es decir, para su defensa militar y política.

Sólo la realización de todas estas tareas podía dar como resultado un Estado interior y exteriormente capacitado para dirigir las luchas empeñadas en su propia defensa y por la conservación de la familia de los pueblos de Europa.

Verdad es que cuando, hace ahora once años, el Movimiento nacionalsocialista consiguió el Poder tras una prolongada lucha por procedimientos legales, habían sido creadas ya previamente grandes premisas para la acertada solución de estos problemas.

La comunidad del pueblo alemán había encontrado su realización en el mismo Movimiento nacionalsocialista, por lo que no fué el Estado el que le dió forma a aquél en el decurso de los años sucesivos, sino que fué el Movimiento el que modeló al Estado. Por encima de cuantas cosas grandes fueron llevadas desde entonces a la práctica, a la cabeza de las realizaciones de la revolución nacionalsocialista figura, sin duda alguna, la organización de la comunidad nacional alemana, la transformación, tan cautelosa como perseverante, del anterior Estado de clases oiales, en un nuevo organismo socialista, en un Estado popular.

Inmunes a la inoculación del virus bolchevique.

Sólo así consiguió el Reich tornarse inmune a todos los intentos de inoculación del virus bolchevique. Uno de los principales méritos de la revolución nacionalsocialista consiste en que en ese Estado puede hoy cualquier joven alemán conseguir todos los puestos por sólo sus propios merecimientos y sin consideración alguna a su nacimiento, a su estirpe, a sus medios, a la posición de sus padres, etc. La rapidez con que se llevó a cabo esta organización socialista de nuestro pueblo lo demuestra, mejor que nada, la actual contienda, ya que también el Ejército ha sido incluido en el dominio de esa evolución. Más del 60 por 100 de la oficialidad joven procede de las clases de tropa y significa un eslabón de enlace con centenares de obreros, de campesinos y de elementos de la modesta clase media.

En la Historia del futuro se considerará como una de las máximas proezas el que en ese gran Estado se haya conseguido, de esta manera, preparar y llevar a cabo una revolución socialista que ha logrado la plena equiparación de todos sin destruir para nada la propiedad nacional y sin restringir la capacidad creadora de las antiguas clases. El nacionalsocialismo proseguirá esta evolución con imperturbable decisión y con toda consecuencia, con lo que privará también al judaísmo internacional de todo cuanto pudiera servirle para debilitar interiormente nuestro organismo nacional.

La comunidad nacionalsocialista puede, por consiguiente, ser considerada, ya ahora, como el núcleo inexpugnable de la defensa de Europa. Porque sólo el Estado que se encuentre interiormente libre en absoluto de focos asociales de infección es capaz de defenderse con seguridad del bolchevismo externo. El judaísmo propiamente dicho ha perdido en el gran Reich alemán todo su poder. Puesto que él fué quien ocasionó la guerra contra la Alemania nacionalsocialista, ayudará a difundir las ideas de la revolución nacionalsocialista y a familiarizar también a otras naciones con los elementos del conocimiento científico y de la solución objetiva de este problema.

La guerra mundial del año 1939 pasará más tarde a la Historia como una gigantesca repetición del proceso seguido el año 1924 contra el Partido. Así como entonces este ataque concebido para acabar con el Movimiento difundió, por decirlo así, su ideario por el resto de Alemania con la violencia de una explosión, esta lucha les abrirá en pocos años los ojos a los pueblos en la cuestión judía y les hará ver como algo muy natural y digno de ser imitado la respuesta nacionalsocialista y las medidas tomadas para acabar con el problema. La magnitud del conflicto adiestrará la mirada y la comprensión de las naciones al pensamiento y al procedimiento en tan enormes e históricas dimensiones. Los millones de soldados y prisioneros se convertirán un día en millones de propagandistas de estas ideas.

Ver y pensar con criterio histórico.

El hecho de que, en lo que atañe a la organización interior, a la economía y a la potencia militar, la revolución nacionalsocialista le ha pro-

Southworth
DD
297
45
498

porcionado, además, al pueblo alemán los elementos para su propia defensa, con nada puede ser documentado de manera más patente que con la gigantesca contienda que está librándose desde hace cinco años. Esta lucha no puede tener un desarrollo distinto al de todas las grandes guerras que hasta ahora conoció el mundo. Por eso, el ir y venir de los acontecimientos sólo es capaz de atormentar al que no ha aprendido a ver ni a pensar con un criterio histórico.

El camino que va de la visión del soldado medio ciego del año 1918 a la realidad del Estado nacionalsocialista del año 1944, fué mucho más largo y seguramente mucho más difícil que el que hoy tiene que recorrer el Reich hasta la victoria definitiva. Que al fin de esta guerra se encuentra el triunfo de Alemania, y con ella el de Europa, sobre sus criminales agresores del Este y del Oeste, es algo que representa no sólo la manifestación de la fe, sino la convicción interna de cada nacionalsocialista.

Hoy garantizan esta victoria no sólo los soldados del frente, sino también los combatientes de la retaguardia. Así como de la primera guerra mundial surgió el nacionalsocialismo, en la segunda adquirirá su máximo robustecimiento y su consolidación. La patria alemana no desesperará jamás, por difíciles que sean las circunstancias, pues conoce la suerte que le aguarda y ve que sus hijos luchan por ella en los frentes. El frente no perderá jamás su ánimo, sino que se volverá a rehacer también, incluso después de las jornadas más duras, pues de él depende la retaguardia, que no sólo trabaja, sino que lucha asimismo con no menor denuedo del que aquél se ve obligado a desplegar.

El intento en nuestros adversarios de ocasionar la desmoralización del pueblo y el derrumbamiento del Reich por medio de las bombas explosivas e incendiarias no logrará sino consolidar más y más su unidad y crear aquel Estado fuerte destinado por la Providencia a estructurar la Historia de Europa en los siglos venideros. El que tan gigantesco proceso se realice en medio de sufrimientos y dolores lo requiere la ley eterna de una Providencia que no sólo hace surgir en la lucha todo lo grande, sino que incluso prescribe que cada uno de los seres humanos vea la luz del mundo en medio del dolor.

Esta lucha ha de concluir con la mayor victoria del Reich.

El duodécimo año de la reorganización de nuestro pueblo impondrá al frente y a la retaguardia las más duras exigencias. Pero por mucho que la tempestad ruja y golpee contra nuestra fortaleza, al fin se aplacará también un día, lo mismo que todas las tormentas, y entre negros nubarrones volverá a brillar el sol sobre los que firmes e imperturbables han permanecido fieles a su fe y cumplido con sus deberes.

Por eso, cuanto mayores sean hoy las preocupaciones, tanto más alto apreciará, juzgará y recompensará el Todopoderoso a los que frente a un mundo de enemigos han enarbolado en sus leales manos la bandera y han avanzado resueltamente con ella.

Porque, pese a todas las artes diabólicas de nuestros adversarios, esta lucha ha de concluir con la mayor de cuantas victorias ha alcanzado nunca el Reich.